

SINFONIA DEL TIEMPO

PRIMAVERA

La Primavera, gozosa,
se perfuma y contonea.
Al fin y al cabo, ¡mujer!
mujer que se sabe bella
y que se viste de flores
como el Cielo, con estrellas.
¿Qué tendrá la Primavera,
para ser tan hechicera?

VERANO

Rico en oro, los trigales;
oro viejo, los rastros
cuando se inflaman de rojos
crepúsculos vesperales;
tiene el sendero amapolas,
las umbrías, campanillas
y las doradas semillas
murmullo de caracolas.

OTOÑO

El sol matizó su cruz
en opacas transparencias;
Baco, halla complacencias
en sus racimos de luz;
el grillo alegre, murió,
cuando se aró en la besana.
¿Por qué siembras, labrador,
estando fría la mañana?

INVIERNO

En invierno, el campo triste,
su traje de armiño viste.
Blanco ropaje de frío
tienen los campos de invierno.
¿Por qué calló el ruiseñor
sien la lumbre, cuenta cuentos,
un viejecito temblón?
En invierno, el campo triste,
llora la puesta de sol.

J. RAMOS APARICIO

Excursión al castillo de Trevejo

CAMINO enlosado; entre olivos gigantes de grandes ramas, retorcidas y nudosas, troncos en inverosímil existencia, hechos giros y paredes de huertos, nos alejamos de Villamiel, por pendiente pronunciada, que obliga a gran esfuerzo para conservar la verticalidad. En las piedras del suelo inscripciones, verdadera colección de picaresca vulgar, recuerdo a la «dañala» o reproche mordaz, que leerá, cuando banasta a la cabeza vaya al río, a limpiar la ropa entre espumas y conversaciones no tan limpias como ellas.

Terminamos el descenso. Para iniciar la subida, cruzamos el arroyo de la Puente, por dos vigas de madera toscas y oscuras, enlazadas por palos cubiertos de tierra. Estrecho y difícil de pasar para los distraídos. Sobre bajas paredes graníticas se eleva altivo el castaño, luciendo su frondosa copa. En prados de fresca hierba pace tranquilo, indiferente, el vacuno. En los «poyos», vides enclenques se agarran al suelo para no desaparecer.

Parece que llega el final de la pendiente. No es así. Nuestra vista puede volar más amplia y posarse sobre paisajes que, con gran variedad, forman el conjunto que caracteriza a Sierra de Gata. Sierras coronadas de picachos, sin vida. Laderas de roble y castaño, llenas de agua y ganado. Valles de huertas, viñas, prados, frutales, predominando la higuera. Zonas más reducidas, donde se cultivan los cereales. Crestas del Garduño, Santa Olalla, Sierra Cachaza, Elvillo y Barrito Blanco, Jálama...

Después de un alto, seguimos faldeando el cerro de Los Mártires. Peñascos, brotes de hierba amarilla, cabras saltando, osadas, pero seguras, sobre los riscos, sin vacilación.

A poco de marchar termina la subida. Frente a nosotros, el pueblo. A la izquierda, una gran piedra, con forma de cabeza humana: el Canto de la Nariz. Su posesión es motivo de orgullo para los nativos:

«Tres cosas tiene Trevejo,
que no las tiene Madrid:
el castillo, el callejo
y el Canto de la Nariz.»

Corto descenso y Trevejo. Calles caprichosamente trazadas, en distintos planos, en varios trozos faltas de casas. Fachadas de piedras, sin blanquear, algunas labradas, procedentes del castillo que le dió vida y fama. Ni un escudo heráldico, ni el más mínimo detalle que acuse que han sido ocupadas por nobles. Todo lo era y tenía el Señor del castillo. Varias casas pregonan la huída de sus dueños, mostrando las paredes, sujetas por vigas que alargan su caída.